

ACTO CUARTO.

Campamento de Don Enrique. En medio de la escena la tienda de Beltrand Duguesclin, sobre la que habrá un farol encendido, y dentro de la cual aparecen sentados éste y Olivier de Manni y otros caballeros franceses. Alrededor y en lontananza las otras tiendas del campamento.—Amanece.

PERSONAS.

DON PEDRO.
EL CAPITAN BLAS PEREZ.
EL INFANTE DON ENRIQUE.
BELTRAN DE CLAQUIN.
MEN RODRIGUEZ DE SANABRIA.
OLIVIER DE MANNI.
EL VIZCONDE DE ROCABERTI.

CABALLEROS FRANCESES. GUARDIAS DE DON ENRIQUE. SOLDADOS DE DON PEDRO, Y DOÑA INÉS QUE NO HABLA EN ESTE ACTO.

ESCENA PRIMERA.

EL VIZCONDE, BELTRAN DE CLAQUIN, OLIVIER DE MANNI.

Vizc. Miradlo, mosen Beltran,
Con detenimiento y calma,
Que es feo acudir á engaños
Con las manos en las armas.

Belt. Señor vizconde, está hecho;
La noticia está ya dada
A Don Enrique, y ofrece
Doble de lo que él nos daba,
Y son cuatrocientas mil
Doblas de oro castellanas.

Oliv. Eso bien vale, señores,
Una traicion diplomática;
Que al cabo, si bien se mira
Está siendo necesaria.

Belt. Sí, por cierto, ese Don Pedro
¿Qué puede esperar ya? Nada.
Cercado en ese castillo,
Sin víveres y sin agua,
Sus gentes á nuestro campo
Pasándosele á bandadas,
Olvidado de Inglaterra,
Aborrecido de Francia
Y odiado en su reino mismo,
No le queda otra esperanza
Que entregarse: á esto vendria
A parar hoy ó mañana.
Su hermano mientras él viva
El objeto de sus ansias
No ha de lograr, con que es claro
Que un día ú otro le mata.
Y en tal caso....

Oliv. Ciertamente
Lo mismo es hoy que mañana.

Vizc. Sí, pero el rey de Castilla
Es solo Don Pedro.

Oliv. ¡Vaya!

Belt. ¡Mas qué le vale, ¡ya se vé!
Ser legítimo en su raza,
Ser heredero de nombre,
Si el de la sangre bastarda

Mas poderoso y mas terco
Se le lleva la jornada?
Y en fin, no es malo un bastardo
Para lo que hoy en España,
Que en tierra en que reinan moros
Con un mal cristiano basta. (Se rien.)

Vizc. Paréceme, caballeros,
Que es esa risa insensata,
Al menos intempestiva:

Y por la cruz de mi espada
Os juro que mas que á risa
Me mueve Don Pedro á lástima.

Oliv. Paréceme, buen vizconde,
Que han sido vuestras palabras
Sin tiempo en pró de Don Pedro
Muchísimo interesadas.

Vizc. Mis palabras son leales,
Y aunque de opinion contraria
Que las vuestras, no por eso
Son menos libres ni francas.

Belt. Abreviemos de razones:
La cosa está adelantada
De tal modo, que ya fuera
Imposible remediarla.

¿Qué nos importa á nosotros?
En esta guerra menguada
Venimos por el partido
Que nos compró nuestras lanzas.
Como podemos servirnosle,
Y á traicion ó cara á cara
Siempre quien vence es el bueno;
Y con razon buena ó mala,
Si lo acabamos nosotros,
Después de darnos las gracias,
Con el dinero de entrambos
Nos volveremos á Francia.

Oliv. Esa es la cuenta, señores.
Pero la noche se pasa,
Y ese buen hombre no llega.

Belt. Ya empieza á rayar el alba.

Oliv. ¡Hola! Allá abajo distingó
Dos sombras encapotadas.

Belt. Él es.

Oliv. Sin duda; ¿á qué otro
Dejaron paso las guardias?

Vizc. Pues yo me lavo las manos:
Que os guarde Dios. (Vase.)

Belt. Con vos vaya.

Oliv. ¿Habeis visto?

Belt. Ya lo he visto:
Pero eso á mí no me estraña:
Pues aunque en Francia criado,
No hay un francés en su casta.

Oliv. Me lo figuré al oírle
Que por Castilla abogaba.

ESCENA II.

EL REY DON PEDRO, EMBOZADO. MEN RODRIGUEZ DE SANABRIA, BELTRAN DE CLAQUIN, OLIVIER DE MANNI.

Rodr. ¿Es Don Beltran?

Belt. Sí, yo soy.

¿Es Don Pedro?

Ped. Caballero

Francés, en vos solo espero,
Y pronto á partir estoy.

Belt. Señor Don Pedro, me pesa
Por primera vez hablaros,
Y haber de descontentaros.

Ped. Qué, ¿negais vuestra promesa?

Belt. No, señor; mas yo querria

A estas horas disponer
De mas suerte y mas poder
De lo que tengo en el dia
Para servirlos mejor.

Ped. Hablemos, señor francés,
Claros: ¿vuestro intento es
Ponerme á precio mayor?
Sea el que quiera, os prometo
Que obtendréis cuanto pidais
Como á salvo me pongais.

Belt. No es ese, señor, mi objeto,
Que me estuviera muy mal
Ecsigir un precio doble,
Cuando anduvisteis tan noble,
Tan franco y tan liberal.

Ped. Entonces no hay para qué
Pararse mas en decir
Si no vamos á partir,
Que estoy impaciente á fé.

Belt. Señor, ¿es desconfianza
Que teneis de mí?

Ped. Convengo,
Caballero, en que no tengo
Sino en Dios solo esperanza.
Mas de ello no os ofendais,
Porque es tan fatal mi estrella
Que todo lo temo de ella.

Belt. Suplícoos que contengais
Vuestra impaciencia un momento.

Ped. Vive Dios, señor francés,
Que mi situacion no es
Para mucho sufrimiento.
Yo vine fiado en vos:

Con que ó dadme un guía fiel,
O yo me vuelvo á Montiel
A la voluntad de Dios.

Belt. Vuestra razon imagino;
Mas aguardad un instante,
Y el guía os pondré delante
Que os enseñará el camino.

Ped. Pues id, y que sea presto;
Porque si mucho tardais,
A encontrar os arriesgais
Desocupado mi puesto.

ESCENA III.

DON PEDRO, MEN RODRIGUEZ, GUARDIAS.

Rodr. Señor, vuestros intereses
Mirad, y ved que en conciencia....

Ped. Rodriguez, fué una imprudencia
Fiar en estos franceses.

Rodr. Su mala opinion, señor,
No alcanza á Beltran Claquin,

Que en todas partes al fin
Ganó fama del mejor.
Le llaman el sin mancilla,
Y goza grande importancia.

Ped. Todos son buenos en Francia,
Mas no los quiero en Castilla.

A tener otro remedio
No me fiara en ninguno;
Mas place al hado importuno
Mi desamparo y mi tedio.
En cuanto puse la mano
El cielo me castigó.

¡Destino el cielo me dió,
Men Rodriguez, bien tirano!
Sufrí todos sus reveses,
Pero no puedo sufrir
Que me obligue hoy á venir
A ampararme de franceses.

¡Oh! nunca me imaginara
Llegar otra vez á vellos,
Sino lidiando con ellos
Sol á sol y cara á cara.
Mas nunca mi desventura
Tan estremada creia

Que á sus tiendas me traeria
Solo y en la noche oscura.
¡Ay! cuando cuentas le pido
Al tiempo que me ha tocado,
En tiempo tan desdichado
Quisiera no haber nacido.

Mas ya la aurora esclarece:
Mucho se detiene ese hombre;
Y á pesar de su buen nombre
Que nos vende me parece.
Si deja que el sol aclare....

Rodr. No os dé cuidado por eso,
Que de la selva en lo espeso
Metidos....

Ped. ¿Dios nos ampare!
¿Cuál es la selva que dices?

Rodr. Lllaman selva vulgarmente
A esa espesura que enfrente
Viendo estais.

Ped. ¡Ay, infelices
De nosotros!

Rodr. ¿Pues qué objeto
Hallais, señor, que os asombre
En esa selva?

Ped. Su nombre
A mi horóscopo sujeto.
No esperemos á que vuelva,
Rodriguez: cerca de Castro
Que he de morir, dice un astro,
Y otro dice que en la selva.

Rodr. Mas señor, ved que arriesgamos....

Ped. Todo ahora lo entiendo bien:
El Castro era Don Guillen,
Y esta la selva.... ¡Ah! ¡partamos!
(Van á salir y los guardias se los impiden.)

Soldado. Atrás.

Ped. ¿Qué es esto, traidor?

Soldado. De aquí no podeis salir.

Rodr. ¡Ah! como buenos morir

En Montiel era mejor.
Ped. ¡Destino, no estás contento,
 Que aun el ultraje me espera
 De morir como una fiera
 Acorralada entre ciento!
Rodr. ¡Morir decís!
Ped. Sí, morir.
 Pues ¡qué piensas ¡vive Dios!
 Que he de ser yo de los dos
 El que se haya de rendir?
 No cabe en mí tal baja;za;
 Que aunque así Dios me abandona,
 No perderé la corona
 Sino al perder la cabeza.
 ¡Ira de Dios! ¿esto á mí?
 En una tienda encerrarme
 Para venir á matarme
 Como asesinos aquí!
 Infames, tan ruin traición
 Con un rey tan caballero?
 Mas que vengan, les espero
 Sin miedo en el corazón.
 Que vengan esos villanos,
 Y vengan cuantos quisieren,
 A presenciar cómo mueren
 Los leones castellanos.
Rodr., á los soldados. Señores, os lo rogamos
 Por cuanto hay santo en la tierra;
 Dejados que en buena guerra
 Como quien somos muramos.
 Dejados ir á Montiel,
 Y aunque sin fortuna, al menos
 Peleando como buenos
 Acabarémos en él.
Ped., con fiereza. Sanabria, aunque los reveses
 De la suerte así me abaten,
 Dejadme vos que me maten
 Sin rogar á los franceses.
 No quiero que piensen, no,
 Que nunca los he temido;
 Mis enemigos han sido,
 Y aun soy su enemigo yo.

ESCENA IV.

DON PEDRO, MEN RODRIGUEZ, BELTRAN, DON ENRIQUE, ETC.

Enr. ¡Adónde está ese judío
 Que llaman rey!
Ped. Aquí estoy.
 (Dándose con la mano en el pecho.)
 Yo soy Don Pedro, yo soy
 Ese rey con tanto brío.
 ¡Ni aun siquiera me conoces
 Cuando me haces tal ultraje?
 Yo á tí sí; porque el coraje
 Me lo está diciendo á voces.
Enr. Jamás el rostro te he visto
 Porque me dabas horror.
Ped. Porque te daba pavor
 El mirarme ¡voto á Cristo!
Enr. Con mucha osadía vienes
 Donde á humillarte te obligan.

Ped. Jamás lo haré á los que abrigan
 La sangre vil que tú tienes.
Enr. Ya diste al fin en mis manos,
 Escomulgado perverso,
 Azote del universo,
 Verdugo de tus hermanos.
Ped. Bastardo, ten esa lengua,
 Que ni en palacio has nacido,
 Ni ser mi hermano ha podido
 Quien obra con tanta mengua.
Enr. La mengua es tuya y no mia,
 Pues por tus hechos atroces
 Tu pueblo maldice á voces
 Tu execrable tiranía.
Ped. ¡Mi pueblo!... ¡Cuánta arrogancia
 Tu infame traicion te inspira!
 ¡Mi pueblo dices! ¡Mentira!
 ¡Tus mercenarios de Francia!
 Sí, sí; vosotros, señores,
 Que al compararos conmigo
 Me temeis por enemigo
 Porque sois unos traidores.
 Lo dicho, sí, no me arredro:
 ¡Por qué no osasteis ninguno
 Salir al campo uno á uno
 A matar al rey Don Pedro?
 Porque lo sois, ¡fementidos!
 Si todas vuestras victorias
 Son como esta, vuestras glorias
 Son hazañas de bandidos.
Enr. Tú eres el bandido, tú.
Ped. Veamos quién de los dos...
 (Yéndose para Don Enrique.)
Enr. Tú, tú, maldito de Dios,
 Entregado á Belcebú.
 (Se abrazan y luchan: los otros se apoderan de
 Rodriguez, y le sacan de la tienda.—Al caer ciér-
 rase la tienda y salen los caballeros.)
Oliv. ¡Cayeron entrambos!
Belt. Sí.
Oliv. ¡Mas por quién de ellos quedó?
Belt. Debajo Enrique cayó,
 Pero encima le volví.
Rodr. ¡Y es esa, infame traidor,
 De caballeros la ley!
Belt. Ni quito ni pongo rey;
 Pero ayudo á mi señor.

ESCENA V.

SALE DON ENRIQUE DESCOMPUERTO Y AGITADO CON LA DAGA EN LA MANO.

Enr. Al fin concluyó la guerra
 Concluyendo yo con él;
 Libré á Castilla en Montiel,
 Y eché un monstruo á la tierra.
Belt. Fatigado estais.
Enr. Sí á fé,
 Porque ademas de la lucha,
 Beltran, mi ansiedad fué mucha
 Cuando debajo me hallé.
Belt. Lo ví...
Enr. Que os lo pague Dios. (Le da
 la mano.)

Que á tener daga en la mano
 Me da la muerte mi hermano.
Belt. En eso cumplí con vos.
Enr. No lo olvidaré jamás;
 Y para mejor probároslo,
 Pródigo voy á pagároslo
 De lo pactado además,
 Haciéndoos conde de Deza,
 Para que desde este instante
 Podais cubriros delante
 De mi trono y mi grandeza.
Belt. Hice solo, en ayudar
 A mi señor, mi deber.
Enr. Mas lo pudisteis poner
 En las manos del azar.
 Y en fin, hoy es el gran día
 De mi existencia, el primero
 Feliz, y el mejor que espero
 En cuanto dure la mia.
 Los que en favor de ese indigno
 Aun en Montiel estuvieren,
 Que salgan cuando quisieren,
 Seré con ellos benigno.
 Ya no hay, Beltran, para mí
 Rival que me oponga dique.
 Mi pendon, clavado aquí.
 (Traen el pendon, y lo clavan á la entrada de la
 tienda.)
 ¡Castilla por D. Enrique!
 (Se oyen los tambores y clarines por todo el cam-
 pamento, perdiéndose á lo lejos entre las voces
 repetidas de: "¡Castilla por D. Enrique!")

ESCENA VI.

DICHOS, EL CAPITAN BLAS PEREZ, CON UNA CORNETA DE CAZA COLGADA A LA CINTURA.

Cap. ¡Quién es Don Enrique?
Enr. Yo.
 ¡Qué demanda? ¡Quién es él?
Cap. El capitán que en Montiel
 El rey D. Pedro dejó.
Enr. Si viene á implorar perdon
 O á rendirse á mi bandera,
 Libre es para ir donde quiera
 Con toda su guarnicion.
Cap. El triunfo os ciega, señor.
 No vengo á implorar perdones,
 Sino á imponer condiciones
 Al soberbio vencedor.
Enr. ¡Vive Dios!...
Cap. ¡Por vuestra vida!
 No tan pronto os enojeis,
 Que es preciso que lloréis
 El crimen de fraticida.
Enr. ¡Hola! Prenderle, llevarle.
Cap. Os tengo, rey, bien sujeto
 En las redes de un secreto,
 Y os importa adivinarle.
Enr. Vendrás á ofrecermelo oro
 Que habrá escondido mi hermano;
 Mas todo el reino le gano,
 Y es de su reino el tesoro.

¡Intentas comprarme ¡necio!
 ¡Tu vida y lanza con él!
 Sal sin temor de Montiel,
 Que ambas á dos las desprecio.
Cap. ¡Oh! no con tanta mancilla,
 Señor rey; guardad memoria
 De que amargar vuestra gloria
 Hay quien pudiera en Castilla.
Enr. La lengua torpe deten
 Y agradece mi paciencia,
 Porque es día de indulgencia.
 Ea, vete.
Cap., acercándose á él. ¡Y Don Guillen?
Enr. ¡Guillen de Castro!
Cap. Ese, sí.
Enr. ¡Dónde está, dónde...?
Cap. Murió.
Enr. ¡Murió!
Cap. Sí; le maté yo.
Enr. ¡Y una bolsa...? (Con ansiedad.)
Cap. Esa está aquí.
 Tomadla; ese pergamino
 Calmará vuestra impaciencia.
Enr., lee. "D. Enrique: vuestra hija, á quien yo
 mismo saqué de entre las llamas, y de cuya identi-
 dad existen documentos legales en el pueblo de la
 Rioja donde fué hallada, es la que con el nombre
 de Doña Inés ha vivido siempre conmigo."
 ¡Oh, traedla á mi presencia!
Cap. Vuestra ansiedad adivino.
 Pero ya os dije, señor,
 Que en vez de implorar perdones,
 Vine á imponer condiciones
 Al soberbio vencedor.
Enr. Pide, pues, lo que quisieres:
 Mi reino es tuyo; pedazos
 Hazle, mas traéla á mis brazos,
 Traéla, y no me desesperes.
 Dichoso día, por Dios,
 Es este que me da el cielo;
 Yo le pedia un consuelo,
 Y el cielo me otorga dos.
 Dos, señores: esa Inés
 A quien busco es hija mia,
 Hija por quien yo daría
 Cuanto hoy en mis manos es.
 Fruto de un amor profundo,
 Ciego, idólatra, escesivo,
 Con cuyo recuerdo vivo,
 Por quien diera todo un mundo.
 ¡Oh! figuraos, señores,
 Que entero le he recorrido
 Tras ese tallo escogido
 Del verjel de mis amores.
 Figuraos que sin gloria,
 Proscripto, humillado, errante,
 Su idea ni un solo instante
 Se apartó de mi memoria.
 El viento revuelto y vario
 Que agitó el mar de mi vida,
 No osó con mano atrevida
 A este fanal solitario,
 Y en medio de mis azares

Solo su luz casta y pura
Alumbro mi desventura,
Y adormeci mis pesares.
Cap. Tambien á mí me alumbro
Con su antorcha ese fanal,
Mas ¡cuán siniestro y fatal
Ante mis ojos brilló!
Desatalantado y ciego
Con necio ardor le seguia,
Seguro que á ser vendria
Mariposa de su fuego.
Enr. ¡Oh, tú tambien la has amado!
Cap. Sí, con ciega idolatría,
Y ella me correspondia
Con amor bien desdichado.
A vos al menos, señor,
Os sirvió siempre de estrella;
Mas yo he corrido tras ella
Con inaudito furor.
Enr. ¿Qué dices, vil?
Cap. ¡Abre, infierno,
A mis piés un precipicio,
O admite mi sacrificio
En tu piedad, Dios eterno!
(*Volviéndose á Don Enrique de repente.*)
¿Qué me darás por tu hija?
Enr. De todo cuanto poseo
Lo que cumpla á tu deseo,
Lo que tu capricho elija.
Cap. Dame á Don Pedro.
Enr. alzando las cortinas de la tienda. Ahí está.
Tómale.
Cap. ¡Muerto!
Enr. A mis piés.
Cap. Como á Don Pedro me des
Mi furor te la dará.
Enr. ¿Qué estais ahí, miserable,
Diciendo, que me estremeces?
Cap. Te pago como mereces:
El fallo es irrevocable.
Don Enrique, ella por él;
Él puso en mí su esperanza,
Y yo le juré venganza
Cuando salió de Montiel.
Enr. ¿Quién eres, hombre infernal,
Que en mi ventura mayor
Te opones con tal furor
A mi carrera triunfal?
Cap. Una serpiente escondida
En mitad de tu camino;
Soy la voz de tu destino
Que te arrastró á fratricida.
Soy, Don Enrique, un villano,
Un infeliz jornalero,
Que fuí noble y caballero
Con su favor soberano;
Y que vasallo leal
Pago á mi rey con usura,
Cavando mi sepultura
De la suya por igual.
Enr. ¿Quién puso en tu corazon
Ese pensamiento impío,
Que aterra mi poderío

Y amedrenta mi razon?
Esto es un sueño tenaz,
Una horrible pesadilla.
Cap. No es sueño, rey de Castilla,
Es la horrible realidad.
Un pensamiento ocurrido
A mi intencion vengadora,
Represalia tan traidora
Como su muerte lo ha sido.
Yo á Castro ese pergamino
Arranqué con el objeto
De tener con tu secreto
En mis manos tu destino.
Don Enrique, ella por él;
No teneis otra esperanza;
Que así cumplo la venganza
Que le he jurado en Montiel.
Enr. Quitadle de aquí al momento;
Llevad á ese hombre, y que elija:
O que os entregue á mi hija,
O que espire en un tormento.
Cap., con ironía á los caballeros franceses que cer-
can á Don Enrique.
Sí, sí, llevadme señores,
Que al cabo es adelantar
Por verdugos acabar
Empezando por traidores.
¡Oh! No acaricies la espada,
Don Claquin, porque os lo llame,
Que no os lavaréis, infame,
El borron de esta jornada.
Con vos hablo, Don Beltran,
Que alcanzais en vuestra tierra
Gran renombre en paz y en guerra
De invencible capitán.
Vos, sí, que vuestros trofeos
No habeis jamas empañado,
Y en tal traicion habeis dado
Al pasar los Pirineos.
¡Oh! Tenderíais la vista
Desde allí por la llanura;
Diciendo al ver su hermosura
Esta es tierra de conquista.
Diríais, de todos modos
Nada aquí será mancilla,
Que al fin es patria Castilla
De Vándalos y de Godos.
Aquí no lo han de tachar,
Porque ese pueblo insensato
Tomará sobre barato
Lo que le queramos dar.
No hacen falta aquí decoros,
Ni lealtad, ni nobleza;
Cualquier traicion es proeza
En esta tierra de moros.
Mas olvidasteis, señores,
Que en el pueblo castellano
Nunca faltará un villano
Para llamaros traidores.
Ahora llevadme al tormento:
Allí el secreto que abrigó
Morirá á un tiempo conmigo.
Enr. ¡Hombre fatal, un momento

Aguarda! ¡Nada en la tierra
Hay que por precioso ó grande
Ni te compre, ni te ablande
El corazon que le encierra?
El oro, la libertad....
Cap. Solo al rey Don Pedro quiero.
Enr. Dírate el alma primero.
Cap. Pues bien, entonces, mirad.
¿Veis de aquel cerro en la loma
Diez soldados?
Enr. Sí.
Cap. Pues son
Diez hombres de mi faccion.
¿Veis una mujer que asoma
Entre ellos mal escondida
Y en sus brazos desmayada?
Enr. Sí.
Cap. Pues esa desdichada
Es esa Inés tan querida.
Enr. Id, caballeros, volad:
Allí está... mi hija, señores,
Libradla de esos traidores,
¡Librádmela por piedad!
Cap. Sí, sí, volad, caballeros;
De allí no se moverán.
(*A Don Enrique.*)
Mas qué creéis que hallarán
Al llegar los mas ligeros?

Enr. Tu calma feroz me aterra.
¿Qué hallarán, hombre cruel?
Cap. Un crimen mas en Montiel,
Y otro cadáver en tierra.
(*Se aplica á los labios la corneta de caza y hace una señal, á cuyo sonido se vuelve á él D. Enrique espantado: los soldados que tienen á Doña Inés la matan.*)
Enr. ¿Qué haces?
Cap. ¿Os ha estremecido
Este sonido fatal?
Temblad, sí, que á esta señal,
Su cabeza habrá caído.
(*Un momento de pausa. Don Enrique se cubre el rostro con las manos. El capitán con desesperacion.*)
Reinad, Don Enrique, sí;
Pero sabed con horror,
Que yo asesiné á mi amor
Cuando con mi rey cumplí.
Cuando á su sepulcro helado
Baje á pedirle un asilo,
Dormid, le diré, tranquilo:
Don Pedro, ya estais vengado.
Vos por tan fiera traicion
Su corona os ceñiréis;
Mas de espinas llevaréis
Coronado el corazon.

FIN DEL DRAMA.